

Señal y Ejemplo de J. R. Miaja

Por GASTON BAQUERO DIAZ

= De *Baragud*, La Habana, 1º. setbre. de 1937 =



Genl. J. R. Miaja

MIAJA

*Tu nombre, capitán, es para escrito
en la hoja de una espada
que brille al sol, para rezado a solas,
en la oración de un alma,
sin más palabras, como
se escribe César, o se reza España.*

ANTONIO MACHADO

(De *Nueva Cultura*,
Valencia, España, junio-julio, 1937).

Yo no sé, lector, cuál de estas cosas abigarradas y exigentes que rondan ahora la conciencia del siglo—y con ello a su destino—requiere mayor atención y delicadeza. Porque si la época se ha hecho Historia, historia viva y sangrante; si el hombre forja amaneceres en ardida pugnacidad; si estamos vueltos todo tensión y temblor en el arco vibrante, urge saber qué cosa es todo esto, hacia dónde, para qué y con quién vamos por el camino del Destino.

La formal política, la pura y simple re-estructuración «histórica» de la Sociedad, no es un fin en sí, sino un medio. Y los medios son a los fines lo que las flechas al blanco. Tránsito y distancia de lo intocado que se remira en el gesto ansioso de las esperanzas. Pero todo esto, ¿para qué? Lo que se quiere ¿es tan sólo trastocar los modos externos de salutación o de insignias?

No. Lo que hay, sustancialmente, es que lo profundo ha salido a la luz como las espadas al combate. Lo que se busca es la dimensión mayor del hombre, su cabal hombría, su dignidad neta y cimera. Acaso los modos que son vías para este agónico quehacer luzcan como excesivos de convulsión y de angustia. Pero las cosas beatas piden para realizarse beatos sillares y beatas edades. Sentimientos más píos que estos cunados por el hombre actual no han de encontrarse sino en las grandes épocas humanas del sacrificio. Es total y uniforme la mirada alerta; es uno sólo y único el corazón vigilante.

El quehacer esencial que nos asalta, y que hemos sorprendido a la vera de nuestras proyecciones futuras más caras y añoradas, viene ungido de una virtud de tiempos nuevos—recién nacidos en las manos de Dios. Virtud de toda virtuosidad, que quiere decir varonía íntegra y limpia, se nos da como fanal hacia adentro de nosotros mismos—el Espíritu, el hombre—y hacia afuera de nosotros—el mundo, los hombres. Aprendemos ahora en el parto recio de los tiempos la antigua lección que ya nadie aprendía: los hombres, en tanto y hasta que llevan en su cuerpo la vida, pueden decir su verdad mejor, realizar su quehacer esencial y mudarse, de hombres incitación y promesa, en hombres realidad y destino.

Lo que se salva de esto, lo que cunde y lucifica, es la intención raigal del vivir moderno. Ya son millones las manos vueltas hacia la luz. El barro va a quedarse solo. Cuando ya estaba todo perdido, arribó un pleamar de zarzas llameantes sobre el alma humana. Rescate del hombre es rescate de la Historia y del Espíritu—rescate de la Eternidad. Y a esto ha de adelantarse, se adelanta ya, cada voz humana, en el esfuerzo por lograr para sí una fracción de Destino nadador de su sangre. Las rectificaciones primero. Viene después el saber andar por las vías claras y precisas.

Nosotros los jóvenes—¡nosotros!—hemos de re-pensar los pensamientos juveniles en una ponderación tanto más buida

cuanto es de torvo y altanero el cúmulo de prejuicios que halifican las cabezas juveniles. «Te apoyarás en tus prejuicios», dice el clamor suave y discreto de Eugenio D'Ors—como en el primer peldaño de una escalera. Acaso más tarde—continúa—descansas en ellos, como en un alto belvedere. Impórtanos esto sobremodera, porque nos hemos dejado alucinar desde siempre, sin rubor y sin modestia, por los cánticos más extraños e injustos. Fué así que juventud significó arrogancia y suficiencia. Fué así que olvidamos en amargura y en impiedad a las nobles vejeces de los hombres. Lo que es un anciano, todo ese resumen del Universo que hay en una vida añosa y reposada, no puede ser medido por incautos prejuicios o por adulaciones excesivas. José Ingenieros, en su exhuberante coquetear con la edad juvenil, pasó más allá de lo que él había de tener como verdad ganada en lo mejor de la vida: ancianidad, madurez, vienen a ser plenos de funcionalidad y de sentido por gracia natural de la propia

Vida. Y en la otra orilla, en la orilla en que el mar se hace negocio de sanfres mayores y hasta la que llegamos todos, desnudos y verdaderos como la tormenta, en la orilla del instinto, álzase también un aura grave de profundas voces: no podemos prescindir de nada ni de nadie. Ha sido tanto lo que se ha olvidado al Hombre, que para proveer cumplidamente al re-encuentro de éste consigo mismo, otra vez, no ha de quedar nadie fuera de las murallas del templo. Señal y ejemplo: José R. Miaja, español entero de esta España popular y eterna—la de hoy, la de ayer, la de mañana—y, por lo tanto, hombre universal.

Si esta cosa tan fantástica y contradictoria que los poetas denominaron «hombre» en su día—y a la cual nos hemos acostumbrado fácilmente—le fuese concedido responder desde su voz mejor a la eterna interrogación de la vida—angustia y caos—sabed que no será sino a través de unos gestos aislados y minúsculos, gestos de hombres, por lo que se sabrá cómo está de henchido el corazón humano. Hay humanidad. Y la hay por encima de los quehaceres enojosos que a nada conducen. En el pecho invencible de Prometeo, en el llanto fraternal de Aquiles, en la humilde arrogancia de Miguel Angel, anda lo que representa con mayor netitud lo mejor de la vida. De toda la vida: no de la juvenil, ni de la adulta, ni de la senil; sino de ese movimiento total, palingenésico, que tiene a la centuria como una simiente y al milenio como una saeta.

Lo español está otra vez en el borde aristado de la epifanía. Ahora, como en el décimoquinto, la madre Europa sufre los rigores de Tauro. Fué ayer la España cristiana y antimora la que hizo brechas en la Mar Océana y dió todo un Continente como respiradero al frenético impulso—hipérbole y ardor—del Renacimiento. Es hoy otra vez España cristiana—¡más que nunca!—y antimora, la que se apresta a elevar hasta el mismo cielo los vapores de su sangre más pura: la sangre de su pueblo. Y ahora por el hombre. Lo heroico hecho multitud, diluido en ella, siendo ella y nada más que ella, ceñido de ariscos perfiles, va trazando una pauta recia y fecunda. El hombre puede ser salvado. Ya está siendo salvado. Por sus propias manos: por todas sus manos, por las albas y lechosas del niño como por el cayado-sarmiento de las manos ancianas. Porque la brillante y olvidada vejez ha salido también al medio del redondel, en el día fuego y estrépito, en la noche gemido y espanto.

Miaja es ahora algo más que un general español. Es más que un general de cualquier parte de la tierra. Anciano, comanda la España que nace entre vagidos de angustia en el férreo brazo de sus juventudes. Anciano, con años que tocaron la mayor vergüenza de la ingente España, vuelve ahora al camino que Don Quijote arrostrara allá por su edad cincuen-

(Concluye en la pág. 303)